



## El Hombre Elefante

### Bioética y cine: una (e)lección clínica

por Juan Jorge Michel Fariña

Título original: **The Elephant Man**

David Lynch / Gran Bretaña - Estados Unidos / 1980

Leslie de Galbert, psicóloga franco-americana con una vasta experiencia en el área de cuidados paliativos, relató un caso que en su momento planteó una interesante cuestión ética al equipo del hospital en el que se desempeñaba.

Un paciente, afectado por un tumor craneal se encontraba en fase terminal, pero todavía lúcido. Su familia –esposa y dos hijos pequeños- lo acompañaba con su presencia en el hospital y sujeto a las condiciones clínicas, con visitas frecuentes en la sala de terapia intensiva en la que estaba internado. El equipo de cuidados paliativos se ocupaba de aplicarle un tratamiento para el dolor y de darle apoyo psiquiátrico y psicológico. El desenlace estaba cerca cuando de manera abrupta el tumor comenzó a crecer de manera acelerada, generando una protuberancia en la frente del paciente, tomando un ojo y deformando completamente su rostro. Sus hijos lo habían visitado pocos días atrás, cuando el tumor era apenas visible y para ese fin de semana estaba previsto un nuevo encuentro.

El equipo psicológico se encontró entonces ante el dilema de si convenía o no autorizar la visita. Por un lado, era razonable que los niños vieran a su padre por última vez antes de su muerte. Por otro, consideraban que la visión súbita de la deformidad podría tener efectos traumáticos en ellos, y que tal vez era mejor que lo recordaran tal como lo habían visto la última vez.

¿Cómo mostrar los efectos del tumor en ese rostro sin generar el efecto de espanto que emerge de tal visión?



Un desafío similar debió enfrentar el cineasta David Lynch cuando en 1980 decidió filmar la vida de John Merrick, un joven inglés tristemente conocido como “el hombre elefante”, debido a una enfermedad degenerativa que tomaba varias partes de su cuerpo. Lynch se había propuesto rescatar la profunda sensibilidad de este hombre, de una cultura e inteligencia remarcables, pero que a causa de su patología había sido tratado como una criatura monstruosa desde su temprana adolescencia. Aunque la intención de Lynch era poner el acento en la humanidad de Merrick, en determinado momento, debía mostrar en pantalla la deformidad. Una vez más, ¿cómo mostrar ese real del cuerpo sin provocar el efecto de espanto que se busca justamente evitar? Un verdadero dilema ético-estético.

La decisión del artista nos ofrece una pista interesante para pensar la responsabilidad clínica frente a estos casos extremos.

La escena elegida transcurre en un circo, donde John Merrick se encuentra esclavizado por un empresario de mala muerte que lo bautizó como “el hombre elefante”, mostrándolo como rareza y cobrando entrada por el espectáculo. El Dr. Treves, un joven neurólogo se interesa en el caso desde el punto de vista médico y visita el circo fuera del horario de funciones para tener ocasión de conocer a John Merrick. El empresario, creyendo que está ante un nuevo espectador, improvisa una función privada. Hace su presentación y descorre el cortinado para acentuar el efecto de espanto tantas veces ensayado. En ese momento, la cámara se desplaza y toma la mirada del médico. Sus ojos permanecen abiertos mientras su voz en off evoca el encuentro.

Siempre con el foco en la mirada del médico –un Anthony Hopkins joven pero ya en su plenitud expresiva-, la cámara sostiene la escena hasta el límite de la tensión dramática. Hasta que una lágrima asoma en los ojos del Dr. Treves y corre por sus mejillas. Sabemos entonces que esa mirada no es ni compasiva ni indignada. Se ha tendido un inersperado puente entre el cuerpo de John Merrick y el del espectador. El horror, la humillación y el morbo han sido derrotados por la suavidad de esos ojos.